



PROMETÍA mucho la presencia en Salamanca de José Ignacio Wert: primera visita de un ministro de Rajoy a nuestra ciudad, su primer encuentro con todos los rectores, celebración de un pleno extraordinario del Consejo Extraordinario de Universidades de España en Salamanca... y decepcionó en las formas, porque Wert habló sólo de lo que quiso, sin admitir preguntas de los medios de comunicación a pesar de su amplio curriculum como colaborador en ellos.

En el fondo, en cambio, su visita supuso un espaldarazo para la Universidad de Salamanca. Fue un respaldo de esta institución ante la sociedad española, ante el resto de las universidades y un posicionamiento hacia el futuro, porque vuelve a situarla como referencia.

El VIII Centenario de la Universidad de Salamanca, que se celebrará en el 2018, también entra en la agenda del nuevo Gobierno por la puerta grande de las alabanzas y de la promoción que supondrá para la propia ciudad, aunque se desconozca su dotación presupuestaria y el actual momento no augure alegrías.

El pleno extraordinario luego fue, según se deduce de lo que cuentan otros protagonistas —lamentablemente no el propio Wert—, la previsible toma de contacto entre las universidades y el nuevo responsable de esta competencia en el Gobierno. No es nuevo que las universidades pidan liquidez —como prácticamente todos en estos tiempos de estrecheces— y



El ministro cae en general bien a la derecha y a la izquierda. Lástima que no quisiera que le conociéramos en Salamanca

que el ministro apunta hacia el objetivo de la excelencia, con un Bolonia que se le queda corto.

A falta de la posibilidad de preguntar al ministro, es la hemeroteca la que da algunas de las respuestas de lo que podemos esperar de su gestión. Wert llega al Ministerio con la aureola de la preparación —licenciado en Derecho y Master en Sociología Política, fue subdirector técnico del CIS, vocal de RTVE, profesor de Universidad y presidente de Demoscopia—. Salió reforzado del difícil paso de vivir de los presupuestos del Estado —como concejal de Madrid y luego diputado— a hacerlo de la empresa privada. Su éxito en este último ámbito es lo que le ha

llevado ahora al Gobierno central.

Apenas ha hablado desde que está a la vera de Rajoy pero cuando lo ha hecho o cuando se expresó con anterioridad, invita al optimismo. No se pone una venda en los ojos y ve que el sistema educativo necesita ser "repensado".

Ve carencias en la educación obligatoria y post-obligatoria y un nivel de abandono escolar alarmante, incluso para una Comunidad que destaca en el conjunto español como es Castilla y León: la tasa de abandono asciende aquí al 20%, el doble del objetivo marcado por la UE, aunque esté por debajo de la media nacional, que es del 31,2%. Apunta ya medidas, reforma de la FP y la mayor duración del Bachillerato, y las urgencias llevan a exigirle que las concrete, sin darle casi tiempo a aterrizar.

Wert es también brillante cuando habla de la necesidad de protección del derecho de la propiedad intelectual y de la necesidad de acabar con 'la cultura de la subvención'. El Gobierno dejará de fabricar cultura para dinamizarla. Como cualquier otra actividad, no se puede basar en las ayudas.

Wert fue duro con el 15-M, al que definió en un artículo en El País como "populismo, demagogia y explotación de los sentimientos antipolíticos" que puede desgraciar la democracia.

El ministro cae en general bien a la derecha y a la izquierda. Lástima que no quisiera que le conociéramos en Salamanca.